ENTRE CERVANTISTAS. JUAN VALERA Y FRANCISCO MARÍA TUBINO CONTRA NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA (O DE LA SABIA URGANDA Y EL MAGO ALQUIFE)

Antonio Cruz Casado

IES Marqués de Comares. Lucena

Es posible que se pueda afirmar del cervantismo lo mismo que la sobrina del hidalgo manchego afirmaba de la poesía: que «es enfermedad incurable y pegadiza»[1]. La atracción por el *Quijote* ha sido una constante en las letras españolas y su señuelo ha seducido a creadores y a lectores, a comentaristas y a críticos, en suma, a cervantistas[2] en mayor o menor grado, algunos de los cuales han supuesto y afirmado que en la obra fundamental de Cervantes subyacen elementos ocultos, misteriosos y clarificadores del sentido auténtico de la novela, cuando no, noticias peregrinas y secretas sobre personajes y sucesos de la época, algo que el autor nos transmite en una especie de clave que es preciso averiguar, clave que, por otra parte, ha estado vedada a anteriores intérpretes de la obra, y ahora, no se sabe bien por qué motivo, quizás por una especial lucidez del sujeto en cuestión, se nos entrega.

Claro que todas estas afirmaciones aventuradas estuvieron siempre sujetas a controversia, puesto que, junto a los «iluminados» cervantistas, había también oponentes más cuerdos y sensatos que, poniendo en duda las afirmaciones novedosas, intentaron aclarar la verdad de lo que aquéllos sustentaban. En una de esas controversias terciaron Juan Valera y Francisco María Tubino en respuesta y contradicción a las afirmaciones de Nicolás Díaz

---

[1] Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dir. Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2004, p. 91.

[2] Sobre la cuestión hay abundante bibliografía, pero de manera específica puede consultarse el volumen de Antonio Bernat Vistarini y José María Casasayas, eds., *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina. Primer convivio internacional de «Locos amenos». Memorial Maurice Molho*, Salamanca, Universidad de Salamanca / Universitat de les Illes Balears, 2000, en el que se incluye nuestro trabajo «La locura apacible de Atanasio Rivero y su lectura en clave del *Quijote*», pp. 229-239.

de Benjumea. El episodio es medianamente conocido en el contexto general del cervantismo decimonónico[3], pero creemos que vale la pena profundizar en los textos que componen la polémica porque en ellos se deja ver el buen sentido de algunos críticos (Valera y Tubino, y alguno más) y su apego a la palabra escrita por Cervantes, frente a la extravagancia crítica de otros (Díaz de Benjumea en este caso).

El origen de la polémica se sitúa hacia el año 1861, cuando Benjumea publica en Londres un folleto, fechado en el año indicado y titulado *La Estafeta de Urganda o Aviso de Cid Asam-Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del Quijote*, en el que su autor pretende desentrañar el supuesto y para él incontrovertible sentido oculto del *Quijote*. Al mismo tiempo, o con alguna antelación en ciertos casos, los periódicos españoles se habían hecho eco de la importancia de las investigaciones del cervantista sevillano, de lo que da fe, por ejemplo, el diario moderado *La Época*, que señalaba el día 4 de febrero de 1861: «Se van a publicar en Londres los comentarios filosóficos que don Nicolás Díaz de Benjumea está haciendo sobre el *Quijote*»[4]. Y un año después, el 9 de enero de 1862, el mismo periódico volvía a insistir en el tema mediante una «Noticia acerca de la tarea intensísima a que está dedicado don Nicolás Díaz de Benjumea». Se refiere a investigar «los sentidos del *Quijote*»[5]. Incluso algún tiempo después, ya en plena polémica, el día 2 de mayo de 1863, el mismo diario, *La Época*, se hace eco del viaje del escritor a Sevilla en los siguientes términos: «El ilustrado y erudito escritor y comentador de *El Quijote*, don Nicolás Díaz de Benjumea, ha llegado a Sevilla, su país natal, desde la capital de Inglaterra, donde reside habitualmente»[6].

Creada la expectación incluso en los medios periodísticos, como hemos indicado, el opúsculo londinense de 64 páginas removió durante algún tiempo la república literaria española. Y no era para menos, porque Benjumea

---

[3] Hay noticias poco organizadas sobre la cuestión en el libro de Ascensión Rivas Hernández, *Lecturas del Quijote (Siglos XVII-XIX)*, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1998, y en Diego Martínez Torrón, «La polémica cervantina de Díaz Benjumea», en *Sobre Cervantes*, edición de Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pp. 137-169.

[4] *Cfr.*, para estas referencias, *Veinticuatro diarios. Madrid, 1830-1900. Artículos y noticias de escritores españoles del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1967, tomo II, p. 18.

[5] *Ibidem*.

[6] *Ibidem*.

consideraba que el auténtico sentido de la obra había pasado desapercibido para la amplia pléyade de los estudiosos cervantinos y que sólo él estaba en condiciones de proporcionar una solución satisfactoria a todos los puntos obscuros de la vida y de la obra de Miguel de Cervantes, o a los más de ellos. Pero además, quizás con un afán notorio de sensacionalismo y de publicidad, iba a ir descubriendo poco a poco el velo de sus conocimientos ante el asombrado espectador en una serie de aproximaciones, que irían apareciendo conforme su autor fuera dándoles la forma crítica adecuada.

El primer volumen, el ya mencionado *La Estafeta de Urganda*, marca el comienzo de la polémica y en él escribía:

> Su herencia [se refiere a la de Cervantes] está intacta todavía. Tenemos el *presentimiento*, mas no el conocimiento de sus *tesoros*. Hemos recogido las migajas que caían del banquete que nos ofreció, dejando de gustar sus sabrosos y delicados manjares. Hemos andado a la flor del berro gustando de livianas cosas, sin arrimar los labios a la verdadera fuente, que sola pueda satisfacer nuestra sed y hartar nuestra hambre. Hemos visto al Quijote armado y oculta su fisonomía con la visera de papelón, y nos hemos contentado con reír de sus acometimientos, burlarnos de su arrogancia, compadecernos de sus caídas y celebrar en coro los donaires del escudero[7].

Más adelante, recordando y adaptando las palabras del Caballero del Bosque, es decir Sansón Carrasco, al hablar de su amada, la inconmovible Casildea de Vandalia,[8] comenta que «a pesar de esta pestilencia crítica [entre

---

[7] Nicolás Díaz de Benjumea, *La Estafeta de Urganda o Aviso de Cid Asam-Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del Quijote*, Londres, Imprenta de J. Wertheimer y Cía., 1861, p. 6, cursivas en el original en éste y en todos los casos que se citan.

[8] «Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso y que le trujese particular relación de lo que en aquella

líneas parece referirse a Clemencín, mencionado algo después], la letra del Quijote [está] *muerta que muerta* y su espíritu *vivo que vivo*, desafiando a los implacables naturalistas y burlándose de sus escalpelos y de su impotente anatomía»[9], ibid., para terminar diciendo que «vale más concluir que no hemos entendido su libro»[10] [el de Cervantes].

«La verdad es –continúa diciendo–, que Cervantes profetizó la vida del Quijote, no en su triste figura de caballero andante, sino en su *transfiguración* andando los siglos, y los hechos vienen hoy a demostrar, que no sin razón se llaman *vates* los grandes poetas»[11]. Es decir, el vate, en su sentido antiguo, era el que estaba dotado con el sentido de la profecía, y en este aspecto se aplica a Cervantes, trayendo a colación a una serie de prestigiosos y reputados críticos ingleses y españoles (Bowle, Salvá, Gallardo, etc.), que son, en definitiva, «los heraldos que han ido paulatinamente congregando la muchedumbre, y encaminando su atención a que desenvuelva y desentrañe lo oculto, y busque el alma del Quijote por tanto tiempo en vano suspirada»[12]. Hay en el librito amplias parrafadas[13] en las que se da a

---

escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos», Miguel de Cervantes, 2004, pp. 800-801.

[9] Nicolás Díaz de Benjumea, 1861, p. 6. «La Estafeta de Urganda...»

[10] *Ibidem.*

[11] *Ibidem.*, p. 7.

[12] *Ibidem.*

[13] «Pretenderá [el mundo literario, la opinión pública] que se remueva la superficie y se socaven los cimientos para recrearnos en su belleza orgánica, en la disposición de sus partes y en la sabia proporción del todo; que se descifre el misterioso lema y se halle el alma que inmortal le lleva de siglo en siglo, triunfante mientras tantas obras perecen, siempre nuevo, lozano siempre y vigoroso. Deseará conocer la alegoría de esos combates imaginarios, la moral de esas transformaciones, que, sin salir de lo natural y verosímil, frisan con los límites de lo fabuloso; la anagogia o sobre-sentido de la personificación del valor en un cuerpo decrépito, de la frescura de la imaginación en un cerebro sano y trastornado; la significación de ese guerrero de brazo débil, y León en el ánimo; de ese anciano frugal y castísimo, y al par loco de amores; en una palabra, de esa contradicción viviente, discreción-locura, majestad-irrisoria, grandeza menoscabada. Deseará investigar, qué significa ese escudero que le sigue, en cuerpo y ánima su reverso, caminando por la misma senda con diversos fines y no menos maravillosa contradicción de malignidad y sencillez, de ignorancia y de discreción, de lealtad y de egoísmo. Querrá saber lo que se simboliza en esa Dulcinea, aclimatada en todos los idiomas, y parte del lenguaje mitológico de nuestros días, introducida no

entender, nunca de manera muy clara y directa, que casi todos los hechos, personajes y situaciones, tienen un simbolismo, un significado distinto, más complejo y profundo, que la mera presencia literaria que todos podemos captar mediante la lectura de la obra. Así que el crítico pretende, tal como él lo indica, «desencantar el Quijote», mediante el esfuerzo, el sudor y el sacrificio, sin aceptar que la intención primordial y básica de la obra sea una sátira de los libros de caballerías, al mismo tiempo que expresa que su interpretación será válida en todos sus extremos o falsa en su totalidad[14]. Entre los escasos datos concretos que aporta Benjumea, está la referencia a que la clave del enigma se encuentra en los conocidos versos de Urganda, del comienzo de la obra cervantina.

Más adelante nos habla de Cervantes considerándolo un profundo conocedor de las relaciones que se establecen entre el mundo clásico de la caballería, y trae a colación la figura de Hércules, con otros caballeros medievales (Perceval, Lanzarote, Roldán, Reinaldos, etc.) hasta terminar en el Quijote y el Caballero del Sol, de Pedro Villalumbrales, en lo que parece indicar una continuidad no sólo temática, obvia, sino especialmente de elevación y superación espiritual, porque el último de los héroes citados entra en el ámbito de lo que se suele llamar «libros de caballerías a lo divino», según los bautizaría luego Menéndez Pelayo. Piensa que el escritor alcalaíno no quiso terminar con estos libros, sino que estaba profundamente enamorado de ellos y quería seguir el verdadero espíritu que alienta en los mismos, al mismo tiempo que aprovecha la ocasión para zaherir, sin nombrarlo, a Clemencín, por su meticulosidad en el comentario de algunas fuentes cervantinas o simples coincidencias episódicas[15] del autor del *Quijote* con otros libros de caballerías.

---

menos que el Quijote en la vida intelectual de todos los pueblos; lo que significan los gigantes enviados al Toboso; la misteriosa penitencia de Sierra Morena; los encantos que todas sus empresas tuercen, y finalmente, porqué y con qué objeto se mueven los demás personajes, que directamente intervienen, en el modo de ser de las diversas aventuras», *Ibidem.*, pp. 8-9.

[14] *Ibidem.*, p. 10. Indica, además, que lleva ya publicados más de veinte artículos, en Madrid y en Londres, sobre algunos aspectos de sus investigaciones y todavía no se ha publicado ningún texto que los rebata, dato que considera positivo e indicio de que sus aportaciones son verdaderas y cuentan con el beneplácito general.

[15] «Pero a nosotros nos bastó saber que todo este centón de historias era una máquina de disparates, y que si Don Quijote encuentra una encina en el campo, no era porque es propiedad de la tierra producir encinas, sino porque tal o cual caballero, en tal o cual

Le achaca también a Cervantes una idea contraria a diversas instituciones sociales, políticas y religiosas de su época, especialmente destaca su animadversión contra el tribunal del Santo Oficio, algo que pasó desapercibido, en el sentir de Benjumea, para todos los comentaristas anteriores. Con todo, el primordial objetivo de este cervantista es la identificación de Alonso Fernández de Avellaneda, pseudónimo que encubre para él al Doctor Juan Blanco de Paz[16], fraile dominico y compañero de cautiverio de Cervantes en Argel; sin entender esto no puede entenderse el *Quijote*, afirma. Además añade: «Este conocimiento explica el enigma de ese encantador invisible, de ese enemigo que de ordinario perseguía a Don Quijote, impalpable, poderoso y transformador de todos sus esfuerzos en cocear el viento y en nonada»[17]. Insiste luego en el especial y oscuro significado del término «ingenioso», que equivale en su sentir a «creador»[18], y se ocupa con cierta extensión del episodio de Argel y de otros temas relacionados, en los que no podemos entrar en esta ocasión.

Si hemos analizado con algún detenimiento este primer folleto de Benjumea, es porque sus apreciaciones resultan básicas en el momento

---

capítulo de su historia, se encuentra con este árbol. Si se cae del caballo, es porque otro caballero se había caído antes que él, hacía setecientos años; si encuentra una doncella, es porque otro andante tuvo igual hallazgo, y finalmente, si bebe, si duerme, si come o si anda, es porque los caballeros habían bebido, dormido, comido o andado antes que él», *Ibidem*, p. 13.

[16] En otros textos, Benjumea abandonaría esta hipótesis para sustituirla por la autoría de fray Andrés Pérez, tal como recuerda uno de los impugnadores del sevillano: «La sospecha [de Juan A. Ceán Bermúdez, sobre la identificación entre Avellaneda y Blanco de Paz] no pareció fundada por entonces; pero la acogió después D. Nicolás Díaz de Benjumea tratando de robustecerla con otras inducciones, aunque muy luego la abandonó también, dando como nueva conjetura la de que fuera el encubierto Avellaneda el dominico fray Andrés Pérez, designado por Cervantes en el *Viaje del Parnaso* como

> el autor de *La Pícara Justina*,
> capellán lego del contrario bando,

que también publicó esta novela ocultando su nombre tras el de Francisco López de Úbeda, que tiene cierta desinencia parecida con Alfonso Fernández de Avellaneda. Mas como no es posible encontrar dos escritores de condiciones tan diametralmente opuestas, de estilos tan diferentes, la conjetura no alcanzó importancia alguna», José María Asensio, «Alonso Fernández de Avellaneda», en *Cervantes y sus obras*, Barcelona, F. Seix, editor, s.a., pero c. 1901, pp. 471-472.

[17] Nicolás Díaz de Benjumea, 1861, p. 15. «La Estafeta de Urganda...»

[18] *Ibidem*, p. 20.

de resaltar las opiniones críticas de los que mantienen posiciones contrarias.

Juan Valera es posiblemente uno de los primeros oponentes a las ideas que sustenta el crítico sevillano y lo hace en tres artículos consecutivos, aparecidos en *El Contemporáneo*, con intervalo de algunos días, en los meses de febrero y marzo de 1862, titulados más tarde en bloque, en la edición de sus obras completas, «Sobre *La Estafeta de Urganda o Aviso de Cid Asam-Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del Quijote*», y de ellos nos ocuparemos especialmente en esta aproximación al tema, aunque hay que tener en cuenta que también por entonces, hacia el mes de abril de 1862, Francisco María Tubino imprime su respuesta a Benjumea, titulada *El Quijote y la Estafeta de Urganda*, libro que, curiosamente, porque no suele suceder así en el ámbito de los estudios literarios, se agota rápidamente antes de julio de ese año, y en el mes citado aparece la segunda edición con escasas modificaciones. Otros cervantistas se añaden a la polémica, como José María Asensio, al que se debe una extensa carta a Benjumea, bajo el título de «Sobre *La Estafeta de Urganda*»[19], fechada en Sevilla en 1863, además de un discurso, algo más tardío y más general, *Sentido oculto del Quijote* (1871)[20], que pronunció en su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Las apreciaciones críticas de Valera están sujetas a lo que pudiéramos considerar el buen sentido, del que nunca careció el egabrense, y a la lectura atenta y directa del texto cervantino, en contra de las interpretaciones sesgadas del folleto londinense. Parte Valera del interés indudable de las ideas que sustenta Benjumea, cuya obra lleva ya aparecida algunos meses, pero considera errado el intento principal del mismo: el encontrar un sentido oculto al *Quijote*. Así lo deja claro desde las líneas primeras de su comentario:

> Mas no por eso dijimos que el señor Benjumea hubiese penetrado bien el espíritu del *Quijote*, antes afirmamos lo contrario, sosteniendo que en esta bellísima novela no hay ni puede haber esa doctrina esotérica, esa filosofía oculta, esa maravillosa ciencia que el Sr. Benjumea

---

[19] José María Asensio, «Sobre *La Estafeta de Urganda*. A D. Nicolás Díaz de Benjumea», en *Cervantes y sus obras*, 1901, pp. 95-119.

[20] *Ibidem*, pp. 513-533.

pretende haber hallado. El *Quijote* es, en nuestro sentir, una obra de arte, una poesía, un libro de entretenimiento, y nada más[21].

Pero además, ante el que diga esa verdad obvia no encontrará la crítica nada que objetar, pasará desapercibido, al contrario de lo que ocurre con el autor de *La Estafeta de Urganda*: «la demostración de que el *Quijote* no es más que una novela, es tan evidente y tan fácil, que no merece ni logra nada quien llegue a hacerla»[22], escribe.

Lejos de creer que la obra cervantina sea un logogrifo, algo que Benjumea deberá probar en las obras que anuncia, y que Valera espera con atención y curiosidad, y con cierta sorna, habitual en algunos textos valerianos, afirma que cualquier obra de arte no adquiere un valor especial por contener un mensaje que hubiera pasado desapercibido para la crítica competente; y así escribe:

> No sería mayor el mérito del Apolo de Belvedere, porque un alambicador anticuario viniese a demostrar, que tal pie le tiene la estatua en tal postura para significar tal cosa; tal mano para explicar o indicar tal idea; que con las orejas denota esta o aquella máxima de filosofía; que con las narices simboliza uno de los misterios más hondos de Samotracia; que con el pecho, modelado de cierta manera, da razón de todo el saber de Orfeo; y que con la espalda y los muslos pone en claro toda la *aritmosofía* de Pitágoras y todos los recónditos y proféticos conceptos de las sibilas. Winkelmann diría que todo esto no valía nada en comparación de la belleza artística del Apolo, y que el Apolo era la admiración de los hombres, no porque enseñaba aquellas cosas, sino porque realizaba la hermosura en el grado más sublime de perfección; porque era el más alto ideal del arte, que de la antigüedad se conserva[23].

Como en el supuesto del alemán Winkelmann, Valera prefiere la lectura directa de la obra antes que la interpretación filosófica, sujeta más bien al nuevo intérprete que a la novela en sí:

---

[21] Juan Valera, *Sobre la «Estafeta de Urganda», o Aviso de Cide Asam-Ouzad Benengeli, sobre el desencanto del «Quijote», escrito por Nicolás Díaz de Benjumea, Londres 1861*, en *Obras Completas. V. II, Crítica literaria. Estudios críticos. Historia y política. Miscelánea*, edición de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1942, p. 275.

[22] *Ibidem*.

[23] *Ibidem*, p. 276.

> Por más filosofía que el Sr. Benjumea amontone y saque a relucir, nunca nos admiraremos en el *Quijote* sino de la belleza de sus figuras, de la gracia de sus diálogos, de lo variado y ameno de sus aventuras, del primor y elegancia natural de su estilo, y de la pasión y de la fantasía de su autor. Esto no será impedimento para que cuando queramos admirarnos del saber filosófico, acudamos a los *Comentarios* del Sr. Benjumea: pero entonces nos admiraremos del Sr. Benjumea, y no de Cervantes[24].

Y no es que él condene sus trabajos ni sus vigilias dedicadas al análisis del *Quijote*, sino que se muestra sumamente incrédulo ante la posibilidad de que descubra algún arcano o misterio prodigioso oculto en su fondo. Incluso estaría dispuesto a aceptar la necesidad de tales exégesis en obras consideradas tradicionalmente como muy obscuras, y menciona el caso de *La Alejandra* de Licofrón o las *Soledades* de Góngora, pero, para él, el *Quijote* es una obra clarísima, meridiana, plenamente comprensible.

De nuevo recurriendo a la ironía, Valera deja claro que lo que aparece en la obra no oculta ningún misterio; todo es lo que parece, y además en ella hay un magnifico reflejo de la realidad, fruto de la experiencia personal del autor[25]. Y así concluye la primera parte del ensayo:

> El Sr. Benjumea, a propósito del *Quijote*, y tomando ocasión del *Quijote*, como pudiera tomarla de otra cosa cualquiera, es más que probable que nos dé sus propias filosofías, atribuyéndoselas modestamente a nuestro gran novelista, el cual era más filósofo práctico que

---

[24] *Ibidem*.

[25] He aquí un fragmento de su razonamiento: «pero en el *Quijote*, ¿dónde está el enigma, dónde la señal de lo misterioso y recóndito? ¿Por qué los molinos de viento han de ser más que molinos de viento, y los batanes más que batanes, y los requesones más que requesones? ¿Qué indicio hay en la vida, condición, estudios y aficiones de Cervantes, que nos persuada de que fuese un Paracelso, un Raimundo Lulio, un Alberto Magno, un sabio nigromántico, quiromántico, o cosa parecida, y no un soldado valiente, un hombre de mundo, y un aventurero corrido y experto, más conocedor de los percheles de Málaga y de las calles de Triana, que de las ciencias y de las filosofías, las cuales no le hicieron falta para ser el regocijo de las musas? Cervantes compuso el libro de más amena lectura que se ha escrito jamás, y la novela más realista y más idealista a la vez, que ha producido ingenio humano, porque en ella pintó, con la fidelidad de un fotógrafo, toda la vida real que tan admirablemente conocía, y que con tal brío de imaginación sabía reproducir en sus escritos, y porque en ella supo iluminar y esmaltar esta pintura y realzarla hasta lo más sublime de la poesía, con el vivo fuego y con la clara luz del limpio, esplendoroso y puro ideal artístico que ardía en su alma », *Ibidem*, pp. 277-278.

> teórico y especulativo. Distamos mucho de aconsejar al Sr. Benjumea que no escriba sus *Comentarios*. Ojalá vean pronto la luz pública. Seguros estamos de que nos han de entretener y cautivar, así como también estamos seguros de que no llegarán a convencernos, ni a decidirnos a estimar el *Quijote*, sino como el libro más agradable, sublime y gracioso que de mero entretenimiento se ha escrito en el mundo[26].

La polémica continúa desarrollándose, con diversas puntualizaciones más por parte de ambos contendientes, en los medios de comunicación, especialmente en *El Contemporáneo*, pero lo esencial de las posturas de cada uno está ya indicado.

Sin embargo, Benjumea continúa impertérrito sus publicaciones sobre la cuestión en sus ensayos *El correo de Alquife o Segundo aviso de Cidi Asam-Ouzad Benengeli sobre el desencanto del Quijote* (Barcelona, 1866), *El mensaje de Merlín o Tercer aviso de Cidi Asam-Ouzad Benengeli sobre el desencanto del Quijote* (Londres, 1875) y, finalmente, la recopilación *La verdad sobre el Quijote: novísima historia crítica de la vida de Cervantes* (Madrid, 1878). Benjumea, que fallecería en 1884, aún consigue editar una magna edición del *Quijote* (Barcelona, 1880–1883), en cuyo prólogo y notas mantiene las mismas ideas.

Por su parte, Valera no desaprovecha la ocasión, en ensayos y discursos posteriores, para censurar el sentido oculto del *Quijote* que había suscrito Benjumea y, por lo que respecta a determinados episodios, también a su amigo Aureliano Fernández-Guerra, el cual solía residir con frecuencia en

---

[26] Y, ante una respuesta del sevillano en las mismas páginas de El Contemporáneo, Valera vuelve a insistir en dos remaches sucesivos sobre la cuestión, en términos parecidos a los del primer comentario: «Aprobamos que se expliquen todas las alusiones que a estos o a estotros hechos de la vida del autor pueda haber en el *Quijote*: lo que no aprobamos es el que se descubra la doctrina esotérica y profunda que encierra en sí la famosísima novela, porque no nos podemos persuadir de que en el *Quijote* haya tales misterios y recónditas filosofías. ¿Cómo quiere el Sr. Benjumea que tomemos por un logogrifo, indescifrado hasta hoy, una historia de la que el mismo Cervantes dice que es *tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran?* ¿Diría Cervantes tales palabras para encubrir mejor a los ojos profanos el tesoro de sus enseñanzas, el cual ha permanecido como sepultado más de dos siglos y medio, hasta que el Sr. Benjumea, hecho un zahorí, ha logrado dar con él? ¿El señor Benjumea comprenderá que esto sería tan extraño, tan milagroso, que no se podría creer hasta después del *examen más circunspecto y detenido*».

Zuheros, lugar cercano a Doña Mencía, solar familiar de Valera y de sus antepasados. El escritor egabrense insiste en el tema en sus dos discursos académicos sobre el *Quijote*, que hemos tenido ocasión de comentar no hace mucho tiempo[27]. Especialmente en el primero de ellos, titulado *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo*, de 1864, muy cercano por tanto a la fecha de publicación de *La Estafeta de Urganda* (1861), vuelve a insistir en la cuestión con cierta amplitud, pero siempre dejando clara la idea fundamental de su pensamiento: «No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran»[28].

Y a esto están dedicadas las que fueron posiblemente las últimas palabras que escribió don Juan, en su último discurso sobre el *Quijote*, leído póstumamente en la Real Academia Española, en mayo de 1905; helas aquí:

> Es por otra parte contradictorio suponer, para que el arte no sea inútil, que toda su utilidad se cifra y resume en una doctrina oculta, cuyo significado no se aclara hasta mucho después de haber pasado la ocasión oportuna de aclararle. La declaración tardía del misterio anagógico del *Quijote* convertiría libro tan ameno en una broma pesada y cruel que acabaría por hacernos a su autor aborrecible. Supongamos que Cervantes notó y deploró muchos males que había en su época, los censuró con tanta acritud como disimulo y se propuso ponerles eficaz remedio cifrando la receta para su curación en el más enmarañado logogrifo. Como nadie entendió bien el logogrifo, nadie tampoco pudo valerse de la virtud terapéutica que en logogrifo se escondía, ni curar por medio de ella, ni reformar ni mejorar a los hombres[29].

En ese momento, como dice el Marqués de Pidal, que leyó el citado discurso académico: «Aquí cortó con implacable tijera, la dura mano de

---

[27] En nuestro trabajo «Don Juan Valera ante el *Quijote*», en «Simposio sobre Don Juan Valera (1824-1905) en su centenario», Real Academia de Córdoba, 7 y 9 de marzo de 2005, actualmente en prensa.

[28] Juan Valera, *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo*, en *Obras Completas, V. III, Correspondencia. Historia y política. Discursos académicos. Miscelánea*, edición de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1958, p. 1084; citamos por esta edición. La edición original indica: Juan Valera, *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*. Discurso leído por el Sr. D...., individuo de número de la Real Academia Española, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1864, 56 pp.

[29] Juan Valera, 1958, V. III, p. 1248. «Consideraciones sobre *El Quijote*».

la Parca, el doble hilo de oro del discurso y de la vida del escritor»[30], un discurso y una vida que estuvieron marcados en muchas ocasiones por una admiración sin límites hacia la obra cervantina y por un cuidado excepcional en evitar tergiversaciones e interpretaciones un tanto malévolas, como también hicieron muchos otros cervantistas, de la que se considera la obra fundamental de la literatura española.

[30] Estas palabras finales del discurso se omiten en el texto incluido en las *Obras completas* antes citadas de la editorial Aguilar, sin embargo se encuentran en la edición original del mismo: Juan Valera, *Discurso que por encargo de la Real Academia Española escribió el Excmo. Sr. D. Juan Valera para conmemorar el tercer centenario de la publicación de El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon en la sesión celebrada el día 8 de mayo de 1905, presidida por S. M. El Rey*, Madrid, Rev. De Archivos, 1905 (facsímil: Cabra, Ilmo. Ayuntamiento, 2003), p. 36, al que nuestra querida amiga la profesora Matilde Galera, tan ligada a Cabra y ya desaparecida, puso un ajustado prólogo. Sobre el interés y la importancia de los estudios valerianos de esta investigadora, cfr. Antonio Cruz Casado, «Los estudios sobre Valera de Matilde Galera (1937-2004), profesora, investigadora y académica», *Boletín de la Real Academia de Córdoba* (en prensa).